

ALREDEDOR DEL TIEMPO

Por FERNANDO DEL PINO Y DEL PINO

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

Alrededor, sí; porque penetrar en la esencia del tiempo nos es imposible. Hay tres maneras de aprehender la realidad: la "intelección dianoética"; o conocimiento por penetración; la "intelección perinoética", o conocimiento por circundación, y la "intelección ananoética", o conocimiento por comparación. La primera, el entrar en la cosa, analizar su meollo y percatarnos cabalmente de lo que es, se da en pocos casos; y, desde luego, el tiempo no es uno de ellos. "Si nadie me pregunta, sé lo que es; pero si me lo preguntan y quiero explicarlo, ya no lo sé", decía S. Agustín hablando del tiempo. Estupenda observación. Así, pues, conformarnos hemos, si acaso, con la segunda especie de conocimiento, sacando en limpio lo que podamos a fuerza de dar vueltas alrededor del concepto de tiempo.

No hay por qué traer a este lugar las diversas modalidades de estimación del tiempo en Astronomía, Náutica, etc., distinguiendo el tiempo sidéreo del tiempo solar aparente, ni aún del convencional tiempo solar medio, por el que nos regimos; porque todas se refieren a modos de medición, sin que entre para nada en ellas consideración alguna acerca de lo que el tiempo es, tema del que aquí quisiera tratar, y del que nuestra ignorancia es tanta.

Lo peor es que ni siquiera somos capaces de definir el tiempo, dada la necesidad de no hacer entrar —ni indirectamente— lo definido en la definición, defecto en el que incurría la aristotélica tan conocida de "medida del movimiento según el antes y el después". De hecho, los antiguos siempre pensaron sobre el tiempo en relación con el movimiento; tendencia que nuestro Balmes rechazaba arguyendo que, aunque nada se moviese, todavía concebiríamos el tiempo. No sé, la verdad; mas conviene, de todos modos, intentar decir algo que fije la idea de lo que el tiempo pueda ser; y, tras muchas "vueltas" al asunto, llegué a pensar que el tiempo es la medida de la degradación de la materia, al punto de que si dejara de existir toda materia, entonces, el tiempo habría perdido su razón de ser.

Modernamente, el tiempo ha sido asimilado a una coordenada espacial imaginaria, en el *continuum* de Minkowski; considerado infinito —al revés del espacio, finito y cerrado— por Einstein; o, por contra, finito pero indefinido, por De Sitter.

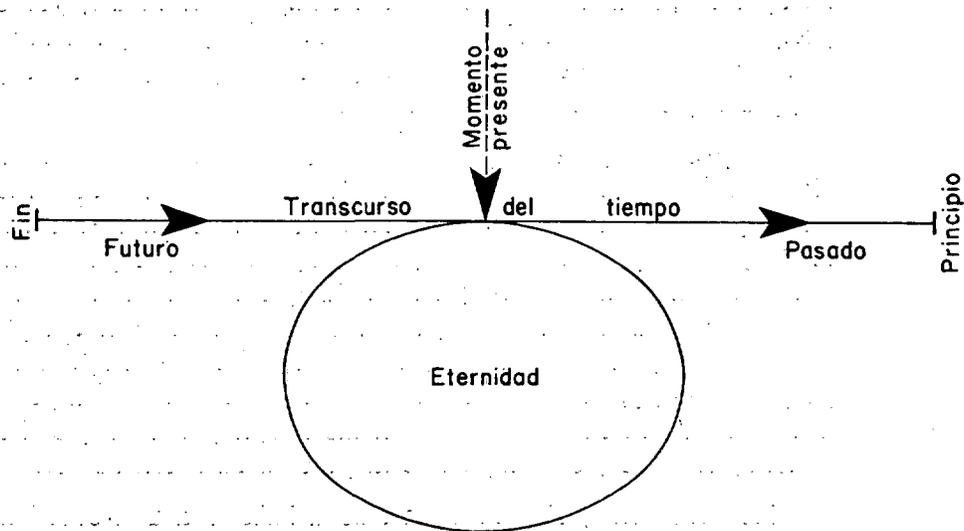
En el primer número de una nueva revista (muy interesante y muy bien hecha, aparecida a fines del año pasado) y en la justificación de su título, se hacía referencia a conceptos que "relacionan de manera elocuente el pasado y el futuro en el marco equilibrado de un todo que engloba las tres dimensiones del tiempo". *Nego ad majorem*, que decían los escolásticos discutidores. Aparte lo bonito que resulta el tropo, no creo que se pueda hablar de "dimensiones" del tiempo; y no porque no quepa, literariamente, considerar el tiempo largo o hasta ancho y alto, sino porque no pretendo hacer literatura.

Poco después, una altísima personalidad decía en un discurso: "El tiempo es la

medida de la vida presente. Una medida que infunde temor, porque nos hace ver que el ayer no existe ya, que el mañana no existe todavía, que no existe más que el hoy; es más: existe tan sólo el instante presente. Vivimos tan sólo sobre un puente movable, un solo instante fugitivo". Esto ya es otra cosa, aunque la última frase sea literatura también.

Fijémonos en la afirmación: "existe tan sólo el instante presente", tratando de desentrañar su sentido. De un modo físico, parece todo lo contrario; porque cuando queremos hablar del presente, al decir "pre..." ya ha pasado, ya queda atrás la sílaba en nuestra elocución. Así, es posible concluir que el presente no existe. El pasado existe en nuestra memoria; el futuro existe en nuestra imaginación; pero el presente es, en rigor, los único que no tiene existencia. Claro está que en la conversación empleamos expresiones como "en los tiempos presentes", "en la actualidad", "al presente", etc.; todas ellas figuras gramaticales para entendernos, sin ahondar en su enjundia, con las que aludimos a un lapso de unos cuantos meses o años, por ejemplo, y que no implican —ni aspiran a hacerlo— exactitud en la evaluación temporal.

Metido en esto, y antes de seguir, debo sincerarme. Lo que me ha impulsado a coger la pluma para garrapatear esta disquisición sobre el tiempo ha sido el hecho fortuito de encontrar (en una de esas limpias de papeles viejos, tan necesarias



"de tiempo en tiempo") un antiguo y sencillo dibujito, representativo de una idea antigua también en mí y que aquí va reproducido. Con ello, la cosa se complica, ya que creía poder desarrollar el tema hablando sólo del tiempo, pero "una piensa el bayo y otra el que lo ensilla", como escribió Cervantes, y ahora resulta que tengo que hablar también de la eternidad —lo que aviso a quienes no quieran seguir leyendo—, porque la no existencia del presente es ahora en el tiempo, pero en la eternidad sí que existe el presente, más aún, es lo único que existe, y porque sobre la eternidad como fondo estamos en condiciones de atisbar algo de lo que el tiempo sea.

Si, como parece, la materia es una concreción de la energía podemos conside-

rar el tiempo como una excrecencia de la eternidad (a la manera de una de esas inmensas erupciones solares que la masa del astro rey lanza de vez en cuando a millones de kilómetros de su superficie y que tienen una duración limitada), cuyo conjunto estaría integrado por elementos diferenciales de presente que, dada la esencia variable del tiempo, irían pasando sobre nosotros, sobre el mundo, sobre el Universo entero, en una continuidad de instantes sucesivos. Con ello adquiere sentido la frase citada de que "existe tan sólo el instante presente" (en cada momento) porque es como una emanación de la eternidad.

Algunos piensan que la eternidad es un tiempo sin fin. No; la eternidad no es un tiempo interminable; la eternidad no es un tiempo; es lo contrario del tiempo. Lo propio del tiempo es el transcurrir; lo propio de la eternidad es el permanecer; algo —pudiéramos decir— como un presente continuo, concepto sutilísimo de difícil asimilación por los que estamos inmersos en el fluir del tiempo, que va presentando ante nosotros una serie sucesiva de acontecimientos. Quizá nos ayude un poco la idea leibniziana de que en la Naturaleza todas las cosas ocurren, a la vez, mecánica y metafísicamente, y que el origen de lo mecánico está en lo metafísico, o lo que, cuatro siglos antes de Leibniz, sostenía el viejo maestro Eckhart, de que tanto el primer día como el último de la vida del mundo están teniendo lugar *allá* en el presente instante.

En relación con esto se halla una extraordinaria frase de R. L. Nettleship (recogida por Víctor Gollanz en su recopilación *A year of Grace*): "Porque es literalmente verdad que este mundo es todo para nosotros a condición de que así lo decidamos, a condición de que vivamos en el presente, *porque* ello es eternidad..." Y también en este sentido cabe decir, con acierto, que "existe tan sólo el momento presente".

Resulta de este modo que el momento presente es el *kairós* el punto vital, lo que Paul Tillich ha llamado la penetración de la eternidad en el tiempo, y que, con arreglo al dibujito aquí resucitado, mejor que penetración, yo llamaría contacto. En efecto, representando la eternidad por un ámbito cerrado, cabal, definitivo, el tiempo, nuestro tiempo, el tiempo de cada uno, resbala sobre ella en una tangencia continuamente variable, sin cortarla, sin penetrarla nunca, hasta que en ella entremos, al final. Así, el momento presente, el fugaz instante inaprensible, ese punto que se apoya en la eternidad, no tiene dimensión en el tiempo, como el punto geométrico de tangencia no tiene dimensión en el espacio. (Caigo ya aquí en una figura ananoética.) Así, cuando pensemos en la eternidad, o tratemos de imaginar lo que es, debemos desechar totalmente la idea de *duración* y sustituirla por la de *presencia*, aunque ello nos cueste mucho, pobres hombres, que no podemos salir del tiempo más que por la puerta de la muerte, y para quienes el presente es sólo la ilusión producida por el contacto del tiempo con la eternidad.

¿Que todo esto es pura especulación? Pues sí; pero, a más de pasar el rato, quizá ayude a entender un poco el misterio del tiempo —del tiempo que tuvo un principio y tendrá un fin—. A no ser que, por el contrario, contribuya a embarullar las ideas de alguien; lo que, por cierto, lamentaría.